Tomo X

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 24

San José, Costa Rica 1925 Lunes 31 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El pueblo ante la democracia

Por Leopoldo Lugones

Cuando dije: «la opinión intelectual en América», fué porque tuve presente un hecho que, a mi ver, explica en su mitad, al menos, el fracaso de las instituciones democráticas en los países latinos del Continente: el predominio de las razas indígenas que forman, para muchos de ellos, su masa popular, y con eso un elemento principal de la democracia.

Este sistema, poco latino, desde luego, bajo su forma actual, ha sido también un fracaso en la Península Ibérica a cuya raza pertenece la mayor parte de los intelectuales latino-americanos. Así, para no mencionar el inacabable desorden portugués, desde que se proclamó la República, un eminente político español acaba de reconocerlo en términos concluyentes para su patria y lo es él D. Angel Urzáiz, quien, según el servicio telegráfico de *La Nación* (despacho del 29 de enero), afirma en la *Revista Nacional de Economía,* que las modernas instituciones democráticas nunca fueron allá más que «tristes parodias, ficción y continuado ataque a la esencia y doctrina de las instituciones liberales y de las normas que dicha doctrina impone».

Mucho tiempo ha que, estudiando el asunto, induje como consecuencia de ese fracaso, ya más que secular en las naciones latinas, la incompatibilidad entre su espíritu y la democracia. Es decir, la democracia actual, creación anglosajona distinta, sino opuesta, a las democracias de la antigüedad *(La Ilusión Constitucional,* agosto 17 de 1923).

Basada la nuestra en la fuerza bruta, puesto que reconoce la suprema razón a la mayoría, por el hecho de serlo y nada más; y aquellas otras en el aprovechamiento de todas las capacidades para el servicio de la Nación, sin reato alguno, ambas llegan a ser, todavía, opuestas: ya que el resultado de la primera es, en todas partes, el gobierno de los incompetentes.

Pero, esta comprobación de la experiencia no existía en la época de la emancipación americana. Predominaba en su teórico apogeo la doctrina mayoritaria; y por esto, los elementos cultos, que fueron los autores de aquella empresa, adoptaron la democracia como el mejor sistema para sus países respectivos.

Con todo, la misma experiencia inicial desengañó ya a los espíritus más elevados de la revolución, sobre la oportunidad de la adopción, por lo menos; siendo de mucha importancia a este respecto, que Bolívar y San Martín, cuyos caracteres fueron tan opuestos, sin embargo, reconocieran, al consumarse la emancipación, la impracticabilidad de la democracia en América.

Un siglo de persistencia en ello, les ha dado la más completa razón; de suerte que los desengañados actuales, venimos a ratificarnos en la opinión de aquellos padres de la patria. Nuestro espíritu antidemocrático, es el mismo que el de Bolívar y San Martín. La democracia en América ha sido una constante falsificación, empezando por el escamoteo de aquella verdad histórica, que ha invertido completamente los hechos, hasta presentarnos a los dos héroes como campeones del sistema que repudiaron.

Nuestro estéril verbalismo no fué sino la argumentación farsaica o ilusoria de la falsedad en que nos obstinábamos. Nuestra perpetua oscilación entre el caudillaje y el motín, la mejor prueba de que ese sistema gubernamental no nos acomoda. Gobierno de progreso es, en América, sinónimo de Gobierno fuerte, o, como decimos nosotros, personalista: términos que, en suma, son eufemismos monárquicos...

La actual evolución política de los intelectuales latinoamericanos insiste en la misma dirección, porque se trata, como antes, de espíritus europeos, tanto más ineficaces, cuanto menos adecuados a ellos sean el ambiente y el pueblo de los países que tratan de organizar,

Así se nota que la democracía anda peor en los países americanos de industria extractiva y de pueblo formado por mayorías autóctonas a las cuales no interesa la civilización compatible. Es decir, la civilización industrial y comercial, que adoptando por móvil y por principios capitales el éxito económico y la dignidad del trabajo, empezó a formarse sobre el fracaso de las Cruzadas, supremo esfuerzo del feudalismo antagónico; o sea, para explicarlo un poco mejor, sobre el derrumbe de aquella civilización de la fe y de la honra, cuyo móvil y cuyo principio capitales fuéronlo la nobleza y la salvación.

El descubrimiento de América hizo víctimas de ambas a las razas autóctonas, siendo la conquista una empresa que participó de las dos: medioeval por la ejecución, moderna por el móvil predominante. Y desde el tráfico de esclavos indios con que empezó, hasta la explotación implacable ejercida por derecho de conquista, no menos que con la imposición despiadada de instituciones y creencias, no existió un sólo víuculo

de simpatía entre el indio y el conquistador. Fué, desde luego, una animadversión de raza, que los descendientes siguieron abrigando, al persistir, como persistieron, aquellas condiciones; con lo cual, la independencia, obra de los blaucos, nada modificó tampoco. El país siguió poseído por los mismos conquistadores, aunque emancipados éllos de su antiguo amo el rey; pero, con esto, las cosas empeoraron más bien para el indio, pues lo cierto es que la Corona no solía protegerlo contra el rigor de sus propios súbditos, al paso que la igualdad democrática de la teoría, entrególo indefenso a la dureza de su efectiva inferioridad.

No se hizo más que salir de una arbitrariedad para caer en otra, sin remediar del todo las consecuencias de la primera: tan cierto es que la dignidad de la condición humana no es cosa de otorgar o de reconocer por ley, sino estado de conciencia que cada cual alcanza por cuenta propia.

Efectivamente, la conquista fué el forzamiento del indio a un género de producción que le repugnaba, al constituir la más violenta negación del rendimiento mínimo exigido por los sistemas comunistas de Méjico y del Perú a cada miembro de la sociedad; lo cual anulaba a la vez la ambición y la competencia.

Dichas poblaciones habían perdido para siempre, según se ve ahora mismo, la facultad individualista de producir y de aumentar la riqueza personal, o sea, la capacidad ahorrativa y la satisfacción de sobresalir mediante la multiplicación de aquella riqueza. Su conformidad dichosa o pasiva en los regímenes autóctonos tornóse pesimismo bajo la dominación ajena que fué incapaz de sacudir; con lo que, el trasplante de la democracia resultó otro forzamiento artificioso a un sistema condicionado por fenómenos físicos y morales completamente distintos. El dominador, al tornarse republicano con la independencia, no había realizado fusión, ni siquiera acercamiento cordial con el dominado; de suerte que la democracia empezó por carecer de pueblo orgánicamente constituído. Fué la realización exacta del guiso de liebre sin liebre, o sea el primer fraude, pese a la buena intención.

Todos los grandes comentadores de la democracia americana, desde los redactores del *Federalista* hasta Tocqueville y Laboulaye, Samper, Lastarria y Alberdi, han señalado el móvil primordial del ciudadano en aquélla: «hacerse rico», según la fórmula sintética y positiva del pensador argentino. Porque la democracia es el sistema político resultante de nuestra civilización industrial y comercial.

Ahora bien. el indio no sabe enriquecer: Aunqne sea grande a veces su capacidad de trabajo, no ahorra ni multiplica la riqueza. Es la negación del capitalista. Su pesimismo, probablemente original, es inaccesible al encanto de la aventura y de la empresa. Otro motivo de profunda incompatibilidad con el conquistador, esencialmente ambicioso y aventurero. El Descubrimiento fué, ante todo, una empresa comercial, y la Emancipación, en gran parte, una apertura de mercados: fenómenos correlativos, resultantes a su vez de la expansión del tráfico, que es el propulsor de la civilización moderna.

Víctima suya desde el comienzo, el indio continúa siendo en ella el conquistado. Nunca la ha entendido ni le interesa. Por esto, vímoslo oponerle una inquebrantable resistencia pasiva o voluntad de conservarse, cuanto le es posible, en el estado precolombiano que lo caracteriza con asombrosa persistencia.

Un escritor peruano de gran talento y vasta información personal en la materia, D. Enrique López Albújar, dice en sus *Cuentos Andinos*, valiosísimo estudio de psicología india (página 196, *Cachorro de Tigre)*:

«¿Qué vale para el indio la luz de todas las civilizaciones juntas, disfrutada al amparo de la ciudad, comparada con su rayo de sol disfrutado al amor de sus majestuosas cumbres andinas?... La culturá es para él un bien que desprecia, y la comodidad un yugo que odia».

Y el ilustre arqueólogo Dr. D. Julio C. Tello, peruano también, concluye en su *Introducción a la antigua Historia del Perú*, última página:

«Nuestra actual civilización hispano-peruana no puede levantarse sino sobre el pedestal indígena, y no puede mantenerse firme si no se adapta completamente al medio».

Pero ¿saldrá posible la conciliación presunta por dicho plan, bajo las instituciones de la democracia anglo-sajona que no es, precisamente, ni peruana ni hispánica?

Visitando cierto día el retiro estudioso de un sabio peruano cuya dedicación a la más pacífica de las ciencias parecía excluir la pasión política, me avancé a opinar que la conquista como acto irrevocable de dominación, consumado por un centenar de aventureros, demostraba una asombrosa incapacidad de los indios para defender su populoso Imperio, no menos que una increíble resignación a ese acto de fuerza. Resultado, concluí, del sistema enervante que debió ser aquel comunismo.

Mi interlocutor se yergue vivamente, poseído de verdadera indignación.

—Es la opinión falsa, superficial de todos ustedes: los blancos, añade, con tono sarcástico que no intenta reprimir.

Diga usted, prosigue orgullosamente, a un indio de pura sangre, que va a decirle la verdad, siempre interesante de inculcar en un escritor a quien se estima: la conquista fué una monstruosa traición a la que nunca nos resignamos. Ese comunismo incásico era un estado tan perfecto de civilización fundada en la justicia social, que apartaba hasta la idea de aquella felonía.

Convengo, añade con amarga nobleza, en que la dicha y la equidad practicada durante siglos habíanos tornado poco aptos para la barbarie de la guerra. Vencidos, diezmados con saña feroz, no olvidamos ni olvidaremos nunca. Nuestra esperanza y nuestra paciencia tienen la firmeza de nuestros montes. Nada queremos con el blanco, tan enemigo ahora como ayer. La raza volverá a ser un día lo que fué en sus costumbres y en su suelo. La civilización de los Incas renacerá para nosotros. ¡Sólo para nosotros! La voluntad de la raza constituye, a este respecto, un bloque de granito. Y lo mismo ahora que dentro de quinientos años, ella no cejará hasta no haber expulsado al último blanco de nuestro suelo.

La exaltación de ese sabio, verdadero monje de la ciencia, es para mí una revelación del traspensamiento formidable y oscuro que la fisonomía del indio disimula como inconmovible máscara. Por primera y única vez, quizá, veo alterarse con imperioso movimiento y oigo hablar a esa piedra con su verdadera voz. Entonces comprendo.

Comprendo por qué el primer descuido o abandono de la reserva ya automática a fuerza de secular, transforma la sumisión del proletario, la indiferencia evasiva del transeunte, la misma inocencia del niño, en una expresión de rencoroso desprecio. Bajo la mirada enemiga que lo sorprende, sobreviene, al acto, la opaca petrificación, el repliegue fatal del alma en la sombra. La hipocresía pertinaz ha acuñado en esa expresión una verdadera estilización siniestra. El mutismo característico de aquella gente asecha y elude. Nada tan desolado como su seriedad. El indio ha perdido la risa. Todas sus ternuras, desde la embriaguez hasta el amor, las llora. Su dignidad ante el dominador consiste en lo inconquistable de su afecto. Su estado permanente de guerra contra él es una absoluta renuncia a la misericordia. Guerra de las almas, que resulta la perfección del odio, añejado en la impotencia como un ponzoñoso licor. Una leyenda bastante difundida pretende que los aymarás, cuando consiguen capturar un blanco en se-

creto, se lo comen, no por canibalismo nutricio, sino por odio ritual. Ello es seguramente falso, pero no psicológicamente inverosímil.

Para el indio, pues, no hay concordia esperable, y el consiguiente, patria posible con el blanco. Desterrado, así, en su propia patria, ésta viene a serle algo más durable que el mismo amor: el odio en que suelen torcerse al fin los amores desesperados.

Entonces comprendo el motivo de esa invencible resistencia a cambiar las queridas cosas que fueron: Lengua, traje, costumbres, supersticiones, intactos a través de los siglos, es decir, perpetuamente incompatibles con la civilización de la conquista y de la democracia.

Quizá tengan por ahí razón los ideólogos comunistas.

Organizaciones así fueron los imperios cuya reconstrucción parece constituir la esperanza de los indios americanos; y en todo caso, su resistencia gentilicia y psicológica a la civilización de la conquista y de la independencia, acaso los predisponga mejor para la adopción de las formas análogas que, según parece, asume el actual comunismo.

Así se explicaría el éxito comunista del Yucatán, territorio cuya población pertenece casi por entero a la raza maya; y éste sería un parecido más, entre los muchos qne acercan los indios americanos a los mongoles del Asia.

Sea como quiera, debe necesariamente existir una gran diferencia entre los pueblos americanos de raza europea y aquellos en que abunde o predomine la raza india: diferencia influyente, a no dudarlo, sobre el régimen político de los mismos.

Ella no comporta, en mi intención, ninguna inferioridad. El indio no es, sustancialmente, inferior al blanco. Es, tan sólo, muy distinto.

(*La Nación*, Buenos Aires).

El periodismo y la Academia Española

La Real Academia Española, como si la agitaran vientos de renovación, tiende a democratizarse en cierto modo, a hacerse concordante con la realidad de nuestros tiempos. Todos sabemos que en ella, igual que en la Academia Francesa, sn hermana mayor, la entrada es sumamente difícil. Pero esto no es lo peor. Lo peor es que, un poco también como en Francia, aunque de modo más acentuado, generalmente no se admiten en la Academia, o no se admitían, más que políticos, nobles, gente respetabilísima, cierto, pero cuya labor intelectual o era escasa, o pertenecía a un orden de intelectualismo desconocido, cuando no incomprendido para las multitudes. Hasta aquí, salvo notables excepciones, la Real Academia Española se inclinó, más que ante el valor intrínseco de una vasta obra literaria, ante la fastuosidad o el prestigio o el brillo de una existencia de hombre. De ahí que la intelectualidad moza y muchos literatos de primera fila que aun colmados de reputación carecían de ese sello conservador, de esa prosapia ilustre que la Academia, sin expresarlo de un modo concreto, exigía no obstante de sus cortejadores, no hayan podido figurar en sus filas.

Pero este año de gracia de 1925 será memorable para la literatura española. La Academia ha abierto sus puertas a dos escritores insignes, a dos hombres que no son más que eso, escritores, y que sólo a la pluma y a su afán de belleza, a su inquietud estética, deben la gloria y el renombre. El primero fué Martínez Ruiz, conocido en el mundo letrado con el pseudónimo de *Azorín*. El otro fué *Andrenio*, que en la vida civil se nombra Eduardo Gómez de Baquero.

Con el ingreso de esos dos literatos en la Real Academia Española parece iniciarse una nueva era. Acaso pronto la grave institución llame a su seno a Luis Araquistain, que es otro de los valores efectivos de la España de hoy, o a José Ortega y Gasset, ese intranquilo «viajero de la cultura», como le llama Pío Baroja, o a Ramón Pérez de Ayala, el más clásico—por su estilo—y el más moderno—por su visión—de los ensayistas contemporáneos españoles. Pero mejor será no hacer profecías. Contentémonos, por el momento, de que *Azorín* y *Andrenio* sean ya inmortales... oficiales. Ni el uno ni el otro necesitaban esta consagración para ser dos artistas admirables. Mas, ¿no son al fin y al cabo los honores oficiales, los homenajes oficiales, el respeto de los organismos pomposos y adustos como la rúbrica indispensable con que remata toda vida insigne dedicada a cualquiera de las nobles actividades del espíritu?

Señalemos, puesto que la ocasión es propicia, el triunfo que con estas dos elecciones académicas ha obtenido el periodismo español. (Y el periodismo en general). Especialmente con la última, con la de Gómez de Baquero.

Casi toda la labor de *Andrenio*, lo mejor y más notable de ella en todo caso, ha sido labor de periodismo. Ha practicado todas las formas del alto periodismo, crónica, ensayo, crítica. Su literatura, que es de calidad superior, por las columnas de la prensa se ha difundido, y no por limitación de sus facultades como pudiera pensarse de primera intención, sino por todo lo contrario, por exceso de vitalidad y sobra de dones. El bagaje que ha aportado al solicitar su admisión en la Academia, ha sido por consigniente un bagaje de periodista, de periodista de marca, evidentemente, pero periodista al fin. Y él mismo lo ha dicho al comenzar su discurso de ingreso:

«Dudo un punto en la elección: hubiera tratado alguna de las múltiples cuestiones literarias relacionadas con el periodismo moderno, muestrario abreviado de los géneros de la Literatura, y que, empezando por ser un arrabal del Parnaso,

va siendo ya barrio de moda, habitado por muchos ingenios excelentes. Es lo que suele ocurrir en los ensanches de las grandes urbes. Buena parte de mi vida la pasé en esa atalaya de la actualidad, y en ella sigo, contemplando la procesión de los trabajos y los días con curiosidad, con interés y aun con emoción, no siempre placentera, según la naturaleza de lo que pasa por delante».

Retenga el lector la bella definición de Gómez de Baquero al referirse al periodismo: «barrio de moda, habitado por muchos ingenios excelentes»; esa frase, dicha en España, y dicha por quien de modo tan fundamental es periodista, equivale a todo un tratado expositivo de lo que en la ideología de la España contemporánea significa el periodismo. ¡Qué conjunto admirable y perfecto obtendríamos si a la concepción intelectual, artística, pedagógica, del diario español pudiéramos unir el «formato», la ciencia de la noticia, la variedad, la universalidad del periódico hispano-americano, de algunos de nuestros periódicos! Allá un periódico se hace célebre por la extensión o la rapidez de sus noticias. Acá un diario se engrandece por la calidad de las firmas que aparecen en sus columnas.

Y lo uno puede ser tan útil como lo otro. Pero lo ideal sería aunar ambas cosas.

El caso de Gómez de Baquero no es en absoluto un caso esporádico. No hay uno solo de los grandes escritores de España que no sea al mismo tiempo periodista. Es decir, que el periodismo viene a ser algo así como la antesala del libro, el palenque abierto a todas las inteligencias ilustres, la esgrima que prepara y vigoriza a los fuertes, a los que más tarde han de vencer en los otros terrenos del saber y del Arte. Con esto gana la cultura general, porque no es lo mismo para el hombre del pueblo comprar un volumen que cuesta cuatro o cinco pesetas, que un diario de diez céntimos donde un autor con reputación ya hecha, comenta el último acontecimiento político o expone la última teoría filosófica o estética. Ganan también los escritores, que de ese modo poseen mayores garantías contra la miseria, y pueden más fácilmente establecer el contacto, la relación cotidiana con el mundo anónimo de lectores del cual reciben la inspiración, la vibración cálida y directa indispensable para dar un sentido humano y real a toda obra de pensamiento. Y así, por añadidura, se intensifica la crítica, que es bienhechora cuando no es personal, adquiere relieve el ensayo, que es el arte amable de sugerir y de enseñar sin arrugar el entrecejo, y se le da el prestigio que merece a la crónica, que es la emoción de los días encerrada en el marco de una prosa discreta.

Todo eso ha logrado el periodismo en España en los últimos tiempos, y he ahí por qué, como ha dicho el Sr. Menéndez Pidal al saludar al periodista *Andrenio*, «la Academia descienda a menudo de su histórica acrópolis para ir a esas calles nuevas en busca de sus candidatos».

J. DE LA LUZ LEÓN

La Coruña, España.

(Envío del Autor).

Tagore en la América del Sur

(La Antorcha, México. D. F).

Uno de los casos más sorprendentes que me ha tocado observar de cerca ha sido la visita de Tagore a la América del Sur. «La gente» no se lo explica. Pero es perfectamente explicable: se trata de un hombre que procede de acuerdo con lo que piensa y a quien no le importa la opinión del vulgo.

Tagore fué invitado a las fiestas del Centenario de Ayacucho y, a pesar de sus muchos años, no quiso perder la oportunidad de visitar la América española. Emprendió el viaje desde la India, y, como es natural, llegó a Buenos Aires fatigado y enfermo. Sabía, además, que aquí como en todo el mundo occidental existe la vanidad organizada, dispuesta a aprovechar las visitas de personajes célebres para engalanarse con cintas rojas y cascabeles sonoros. A Buenos Aires llegan cada año tres o cuatro docenas de celebridades internacionales, a quienes se festeja según el número y los recursos de los individuos interesados en aparecer junto a ellas. Para el príncipe heredero de Italia se hizo en la Avenida de Mayo una de esas iluminaciones «feéricas»—realmente maravillosas de luz y de color—que duran varios días y cuestan cientos de miles. Para el poeta de la India se organizó una «Comisión de Agasajos» que no iba a gastar pero sí a sonar mucho: gran número de sus miembros son figuras salientes en la prensa. La Comisión celebraba reuniones en que se pronunciaban largos discursos... Escuelas y asociaciones pensaban en fiestas de programas interminables. Las Universidades pedían conferencias. Las damas porteñas que tienen salones literarios preparaban reuniones, hacían listas de invitados...

La enfermedad de Tagore hizo suspender los planes. Pocas personas fueron recibidas por él. Después, la enfermedad, la fatiga se prolongaban más de lo *convenable. La temporada,* mundana e intelectual, iba tocando a su fin. ¡Cuántos proyectos se malograban! Comenzó la murmuración de los despechados. *Crítica,* diario vespertino de circulación enorme, se hizo eco del despecho: del ajeno y del propio, porque Tagore aceptó colaborar en la *Nación.* Cuando se supo que el poeta se había retirado de la ciudad (para colmo de provocación, a una quinta de la bella autora de *De Francesca a Beatrice:* superior a sus rivales, Victoria Ocampo acertó a ofrecerle, en vez de reuniones, un delicioso retiro campestre frente al río), la indignación no tuvo límites...

Tagore no se dignaba oír. Ni siquiera rectificar las entrevistas falsas de los periódicos, aunque se le atribuyeran despropósitos. Meditaba. Paseaba entre los árboles mirando el río leonado. Escribía. No accedió a dar conferencias públicas, no aceptó ninguna «oferta tentadora», pero dijo a todos sus amigos que daría pláticas a grupos pequeños, de diez, de veinte personas, en las mañanas. Y muchas mañanas el camino de *Miralrío* se llenaba de automóviles. A veces las diez personas se convertían en ochenta. Y no se cerraba la puerta ni a los vanidosos. Pero las mejores pláticas eran para aquellos cuyas orientaciones ya conocía, como el grupo de la revista *Valoraciones.* Desde lejos, le llegaban las voces cálidas de la juventud, siempre capaz de nobleza: así las delicadas páginas de Jorge Luis Borges (uno de los talentos seguros de la nueva generación en los países hispánicos), en *Proa,* y de Ernesto Palacio (Héctor Castillo), en *Martín Fierro.*

Tagore quiso conocer la Argentina autóctona, real, de las gentes humildes. Pero no pudo: cuando pidió que lo llevaran a conocer el campo argentino con todas sus actividades, se le invitó a pasar unos días en la *estancia* de un millonario, donde todo era inglés: el castillo, la vajilla, los caballos, las vacas,

el césped... El maestro se quejaba amargamente: «no he conocido vuestra Argentina...» Al principio, hablaba con entusiasmo de ir al Perú, a conocer de cerca al indio; soñaba con llegar hasta México, y especialmente a Yucatán. Pero el viaje al Perú no se realizó. ¿Fué la fatiga? ¿O—como yo creo—el disgusto de conocer los motivos impuros que se mezclaban a la glorificación de Ayacucho, donde almas plebeyas con delirios de aristocracia han ido a cantar las loas de la fuerza innoble?

De visitar a Tagore se sacaba una impresión extraña. Los occidentales hemos perdido la aptitud para hablar ingenuamente: no queremos repetir las verdades eternas sino inventar cada día verdades diminutas y complejas que deslumbren a los lectores de muchos libros. No es de buen tono insistir en «lo que todos saben», aunque veamos que se les olvida, que en la verdad de su corazón no saben lo que debieran saber... Y Tagore viene a predicar el amor, la verdad, la unidad, la sencillez, mientras a veinte kilómetros de distancia, en la capital, no se piensa sino en el placer y la vanidad, y los pocos que piensan en los demás se ven obligados a proceder como quería Nietzsche, a olvidarse de la compasión para no ser arrollados como débiles. Yo sé de mí, y de los que conmigo fueron, que después de oír a Tagore salíamos dispuertos a hacer el bien, el poco bien que nos tolere la organización capitalista e individualista de la sociedad moderna. Y lo cumplimos.

E. P. Garduño.

Introvisión

Hoy está alegre mi corazón.
Un chorro de sangre cálida
ha brotado del fondo de mi espíritu,
y se ha desparramado por todos mis sentidos.

He abierto a la celeste claridad de este día
las ocultas ventanas interiores.
Y olvidando las serias disciplinas mentales—
lejos de vuestra sombra, filósofos amigos—
he dicho: Voy a amar, voy a amar hondamente,
voy a amar como aman los pájaros cantores,
voy a amar como el viento, como el sol y la lluvia.
Amarlo todo, todo, con divina inconsciencia.
Y quiero, en mi exaltado delirio panteísta,
sentirme hoja de yerba, corazón en la bruma,
fulgor en el reflejo cristalino del sol;
multiplarme en la entraña fecunda de la tierra;
ser raíz de una ceiba vetusta;
ser ala de un cóndor,
y elevarme, elevarme, elevarme
más allá de los cielos...

¡Oh mi alegría blanca! ¡Mi alegría sin nombre!
Yo pensé que jamás vendrías a mis tristes
balcones enlutados. ¡Te soñé tantas veces!...

Obedeciendo el negro designio de mi suerte,
fué mi niñez tan grave, tan desolada y yerma...
No supe de esa amable
edad en que la Vida tiene toda la gracia,
todo el color de una fragante primavera.

Pero al fin has venido; pero al fin has venido,
cuando ya te creía perdida para siempre...

Vicente Geigel-Polanco

Santurce, Puerto Rico.

(Envío del Autor).

Un ideario americano

Celebra en este día (1) la República Argentina el aniversario glorioso del primer grito lanzado en Buenos Aires contra el poder ultramarino. Como todos los países de la América indo-latina, tuvo aquella República sus horas oscuras y sombrías, sus épocas sangrientas,—en que se destaca la figura vigorosa y siniestra de don Juan Manuel Rosas,—sus años de anarquía, pero hoy es ya una Nación fuerte, rica, poderosa, que pesa en el mundo, y cuya capital es la primera ciudad de habla española y uno de los grandes centros del universo. Con sus nueve millones de habitantes, su enorme capacidad económica y su creciente cultura, la Argentina ha entrado con paso firme en una vía de auténtica grandeza, al amparo de sus instituciones democráticas, y la rige hoy discretamente un estadista sereno, el señor de Alvear, que si tiene una personalidad menos robusta y dominadora que el señor Irigoyen, vino en cambio en momento oportuno a contrapesar lo que de gobierno personal había tenido el régimen de su antecesor y a establecer normas más amplias, que pudieran realizar la cordialidad entre los partidos y el tranquilo desarrollo de la Nación.

La prosperidad de la Argeniina es motivo de optimismo para cuantos acarician como un supremo ideal el engrandecimiento de América, de esta América Nuestra que cantó José Martí y que ha ido creciendo en surcos de dolores, trabajosa pero auténticamente. Ha tenido ella, como todos los pueblos de la tierra, una niñez borrascosa; la han afligido los tiranuelos, que aún subsisten para vergüenza de todos en ciertas partes, y la han devastado las revoluciones; ha tenido incontables impulsos de locura y largas horas de indolente abandono, en que el tropicalismo tomaba el aspecto de la indiferente molicie criolla que abomina el esfuerzo, pero poco ha ido subiendo la agria cuesta, y un abismo nos separa de la América pobre, ignorada y convulsa de hace medio siglo. Padecemos la enfermedad genuinamente española descrita por Larra en frases perennes, de hablar mal de lo propio y de criticarlo acerbamente, pero una confrontación de hechos destruye esa manía y pone de relieve los avances realizados. ¿Cuánto hemos avanzado nosotros en medio siglo? ¿Cuál será nuestro desarrollo al concluir los grandes ferrocarriles iniciados? Si la política lleva al pesimismo, el examen desinteresado e imparcial de los hechos reafirma la esperanza orgullosa, no sólo para nosotros, sino para toda la América.

Al pensar en la Argentina el recuerdo fatalmente se detiene en sus grandes hombres, en uno principalmente, que al sentar las bases para la organización de su patria, habló para todos los pueblos hermanos. Los pensamientos de Alberdi constituyen el mejor ideario de americanismo que pueda imaginarse. Con el más puro criterio liberal,—de ese liberalismo clásico que hoy parece sufrir un eclipse entre los impulsos apasionados de los opuestos bandos extremistas, pero que es la cumbre serena del más generoso pensamiento,—con la visión amplia de las necesidades de América, Alberdi pidió que ella fuera hogar abierto a todos; que sus hombres directivos procuraran traer a ella los principios de cultura aquilatados por las viejas civilizaciones; que se persiguiera el progreso como la condición indispensable de la independencia y de la verdadera libertad.

Alberdi consideraba el problema continental esencialmente como un problema de economía. «El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser, decía, el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el de-

(1) Lunes 25 de mayo de 1925.

sierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestra zona». Y de ahí su célebre aforismo: «Gobernar es poblar». Otro argentino ilustre, de talla ciclópea y arrestos geniales, contestaba a esto: «gobernar es educar», y es evidente que tanto Sarmiento como Alberdi tenían razón: la fórmula ideal es una combinación de estos dos aforismos, que no se excluyen sino que se complementan.

Pero cuánta razón tenía Alberdi al censurar nuestra seudo instrucción, que tan escasos resultados produce. «Saber leer y escribir, decía, es apenas ponerse en aptitud de empezar a educarse», y su crítica a la enseñanza del pueblo, que se reduce a rudimentos desprovistos de alcance benéfico, es tan amarga como verdadera, como lo es su apóstrofe a los establecimientos que se titulan superiores: «¿Qué han sido nuestros institutos y universidades de Sur América, sino fábricas de charlatanísmo, de ociosidad, de demagogia y de presunción titulada?» Eso han sido y eso es lo que tienen que dejar de ser: la prosperidad económica que ansiaba Alberdi debe traer consigo la ciencia, las universidades poderosas en que el estudio cuenta con todos los elementos ambicionables; la escuela moderna, que forma hombres y no se limita a muertas enseñanzas.

Definía Alberdi lapidariamente el recto camino que se abre ante estos pueblos, el que puede salvarlos: «Ha pasado la época de los héroes: entremos en la edad del buen sentido. El tipo de la grandeza americana no es Napoleón, es Washington, y Washington no representa triunfos militares sino prosperidad, engrandecimiento, organización y paz». En estas pocas palabras está encerrado todo el secreto de nuestro porvenir.

Y no era menos amplia y generosa la visión del pensador argentino acerca de las cuestiones internacionales. Firmemente repudia el nacionalismo estrecho y predica una política de atracción al extranjero, de fraternal solidaridad con el americano. «Yo aplaudiré, decía, toda mi vida el sentimiento de aquellos Estados que sacan su vista del recinto estrecho de sus fronteras y la levantan hasta la esfera de la vida general y continental de la América. La actual causa de América es la causa de su población, de su riqueza, de su civilización. Se puede pactar el desarme general concediendo a cada Estado el empleo de las fuerzas únicas que hace indispensable el mantenimiento de su orden interior, y declarando hostil a la América al que mantenga fuerzas militares que no sean indispensablemente necesarias.

»El americanismo consiste en la relación de intereses mutuos, por la cual cada Estado de Sud América, sin perjuicio de su independencia, es un elemento esencial del edificio común levantado por la revolución americana, y subordinado a la ley suprema del equilibrio que preside a su existencia común y solidaria».

Ningún homenaje mejor en esta fecha que el de recordar algunas grandes ideas de un pensador argentino, cuyo nombre no morirá, y que figurará siempre entre los grandes conductores espirituales de la raza. Acéptelo así el dignísimo representante de la República Argentina en Colombia, junto con nuestro cordial saludo y nuestros votos porque su gran país siga siendo, más cada día, el orgullo y el estimulante ejemplo de los pueblos hermanos.

(El Tiempo, Bogotá).

La sabiduría de las mil noches y una noche

(Continúa. *Véase el Num. 4 del tomo en curso).*

—¡Tú que miras al Sol! ¿Piensas alcanzarlo sin alas, o crees, ¡oh! candoroso, que va a bajar hasta ti? (Historia de Alí-ben-Bekar, noche 152).

—El sabor a sal es delicioso en los labios menos fáciles. (Historia de Kamaralzaman y Budur, noche 182).

—El hombre sagaz sólo necesita una seña para enterarse. (Id, noche 195).

—¿Hay mayor alegría que la del amor y la de perecer por amor? (Id, noche 198).

—El vino que se agria lleva en sí su propio fermento. (Historia de grano de Belleza, noche 268).

—Las acciones más raras sólo son raras porque no comprendemos sus causas. (Id, noche 268).

—¿Desde cuándo pueden vivir los perros en la morada de los leones? (Id, noche 268).

—¿Qué significa la palabra dar? Ella dijo: ¡enriquecerse! (Historia de la docta Simpatía, noche 277).

—Los judíos dicen que están errados los cristianos y, a su vez, los cristianos afirman que los judíos ignoran la verdad. Por lo demás tienen razón unos y otros. (Id, noche 278).

—Hay tres cosas preferibles a otras tres: el día en que se muere es menos penoso que el día en que se nace; un perro vivo vale más que un león muerto; la tumba es mejor que la pobreza. (Historia de Sindbad el Marino, noche 291).

—La gloria de los humanos es la hija inmortal de muchas noches pasadas sin dormir. (Id, noche 292).

—Quien desea encontrar el tesoro sin igual de las perlas del mar, blancas, grises o rosadas, tiene que hacerse buzo para conseguirlas. (Id, noche 292).

—Las penas hacen más hermosa aún la gloria que se adquiere. (Id, noche 292).

—A la muerte llegaría, en su esperanza vana, quien quisiera alcanzar la gloria sin esfuerzo! (Id, noche 292).

—En el fondo, siempre es la ambición la causa de nuestras desdichas. (Id. noche 298).

—¡Nadie puede detener al Destino! (Id. noche 309).

—Ningún consejero mejor que el alma propia. (Id. noche 310).

—No te aflijas ante los accidentes de las noches, pues por muy grandes que sean las desgracias siempre tienen un término. (Id. noche 310).

—El mundo se puede comparar a un herrero: si no te quema con el fuego de la fragua, te saca un ojo o los dos con las chispas del yunque o te ahoga con el humo. (Historia de Zumurrud y Alischar, noche 316).

—El mundo es nefasto por sus dos caras: una la constituye la hipocresía y la otra la traición. (Id. noche 316.)

—¡Nací del polvo, al polvo vuelvo y polvo soy: es como si no hubiese vivido nunca! (Id. noche 316.)

—El mundo es como una tela de araña detrás de cuya fragilidad está acechándote la nada! (Historia de la ciudad de bronce, noche 343.)

—El corazón de los hombres bien nacidos es una tumba para los secretos. (Mujeres o jovenzuelos, noche 393.)

—¡Tan ilícito es el olvido como la impiedad! (Historia de Rosa en el Cáliz y Delicia del Mundo, noche 405.)

—Las águilas y los halcones no comen carne muerta, en tanto que los buitres impuros se posan sobre los cadáveres. (Historia de Dalila la Taimada, noche 447.)

—Si te oprime el insensato, sopórtale con paciencia y no

cuentes, para vengarte, más que con el tiempo. (Historia de Juder el Pescador, noche 466.)

—Evita la tiranía porque si una montaña oprimiera a otra montaña, sería rota a su vez por otra más sólida que ella y volaría hecha trizas. (Id. noche 466.)

—La mala fortuna es como el grano que no se revienta y sólo se resuelve a fuerza de cuidados pacienzudos. (Historia de Califa y del Califa, noche 554.)

—El que ha de vivir diez años se morirá en el año noveno. (Historia de Hassan al-Bassri, noche 605.)

—El enamorado carece de oído y de entendimiento. (Id. noche 608.)

—Más pesa un beneficio recibido que una mala acción. El hombre bien nacido debe siempre devolver duplicado el bien que se le hace. (Historia del dormido despierto, noche 625.)

—Hay que rascarse con las uñas propias y andar con los propios pies. (Los amores de Zein al Mawassif, noche 665.)

—¡Siempre saltan chispas cuando se frota el pedernal! (Historia del joven Nur y de la Franca Heroica, noche 675.)

—Tarde o temprano la perfidia se vuelve siempre contra sus autores. (Id. noche 712.)

—¿Desde cuándo el hombre de experiencia expone, como el insensato, su cabeza en las fauces del león? (Consejos de de la Generosidad y de la Experiencia, noche 716.)

—¡No muere el hombre que engendra! (Historia del espejo de las Vírgenes, noche 723.)

—¡No sucederá nada que no deba suceder! (Id. noche 723.)

—La posteridad de un perro siempre está bastardeándose. (Aladino y la lámpara mágica, 773.)

—Toda la ciencia del mundo y de la vida la adquieren al adquirir la virtud de la paciencia. (Parábola de la verdadera ciencia de la vida, noche 774.)

—Los acontecimientos exteriores solamente existen para quien se ocupa de ellos. (Farizada la de sonrisa de rosa, noche 778.)

—Por el amor a la Belleza se alcanza la cima de la perfección. (Historia de Kamar y de Halima, noche 781.)

—Sabio es quien deja a la alegría ocupar su vida por entero. (Las llaves del Destino, noche 793.)

—¡Tan inestimable es, a veces, la soledad! (Historia de Sarta de Perlas, noche 814.)

—Por muy sencilla y límpida que sea una vida, jamás está libre de complicaciones. (Id. noche 816.)

—Las cosas tienen su destino como todas las criaturas. (Las dos vidas del Sultán Mahmud, noche 820.)

—¡Solamente Alah no tiene debilidades. (El tesoro sin fondo! noche 821.)

—La principal virtud del creyente es la humildad. (Id. noche 821.)

—La vida está formada de dos colores: blanco y negro. (Id. noche 822.)

—¡De Alah viene todo y a El todo retorna! (Id. noche 823.)

—¡La mala suerte es contagiosa! (Id. noche 824.)

—La mayoría de los hombres apenas pueden contar con un día feliz en toda su vida. (Id. noche 825.)

—Todos los dones son un préstamo del Creador. (Id. noche 825.)

—¡La vida es una y no vuelve! (Id. noche 825.)

—Vida sin amigos no es vida. (Id. noche 825.)

—La espalda del hijo nunca es tan resistente como la de su padre. (Historia del adulterino simpático, noche 831.)

—Lo inconcebible tiene la ventaja de no ocasionar pensamientos torturadores. (Id. noche 835.)

Cuando la chapa está al rojo está al punto para el martillo. (Id. noche 835.)

—La sangre no reniega de la sangre, ni el arroyo de su manantial. (Id. noche 840.)

—Nada tan lleno de riqueza como la renunciación. (Id. noche 843.)

—¡Nada tan satisfactorio como la soledad! (Id. noche 843.)

—Sólo Alah sabe distinguir lo real de lo irreal y diferenciarlo infaliblemente. (Palabras bajo las noventinueve cabezas cortadas, noche 844.)

—Las letras se relacionan con los espíritus; no hay en la lengua, letra que no esté gobernada por un espíritu. (Id. noche 846.)

—Las palabras gobiernan siempre al mundo. (Id. noche 846.)

—La pobreza es la cosa amarga que hay que tener oculta. (Id. noche 846).

—Más fácil sería que se volviera blanco el cuervo que hacer que el ignorante comprenda la sabiduría. (Id. noche 846).

—El mal carácter es el árbol más difícil de enderezar. (Id. noche 846).

—No te comas el cohombro antes de que esté maduro. (Los encuentros de Al-Rachid en el puente de Bagdad, noche 869).

—En suma, ¿qué tienen más que nosotros en la vida los ricos? (Id. noche 870).

—Si el viento es de todos, la flauta no es mía. (Los ocios encantadores de la adolescencia desocupada, noche 892).

—No pisaré el camino que conduce a la fuente, mientras otros caminantes puedan poner sus labios sobre la piedra húmeda que aplacaría mi sed. (Id. noche 893).

Cuando el sonsoneante enjambre de moscas inmundas cae sobre mis bandejas, por mucha que sea el hambre que me tortura, retiro al punto mi mano de los manjares condimentados para mi placer. (Id. noche 893).

—¿No evitan los leones el camino que conduce a la orilla del agua, cuando los perros son libres de lengüetear en el mismo sitio? (Id. noche 893).

—Cuando nuestra alma no quiere alegrarse ni con la belleza del cielo, ni con los jardines, ni con la dulzura de la brisa, ni con la contemplación de las flores, ya no queda más que un remedio y es el libro. (Historia del Libro Mágico, noche 895).

—Un armario de libros es el más hermoso de los jardines. Y un paseo por sus estantes es el más dulce y el más encantador de los paseos. (Id. noche 895).

—Es necesario obrar con paciencia y moderación en todo, incluso al hacer el bien. (Id. noche 895).

—El que juegue con una punta acerada, se pinchará la mano y el que luche con el león, perecerá. (Id. noche 985).

—El alejamiento es el preservativo mejor de nuestros cuellos. (Id. noche 895).

—Preserva tu vida de los peligros que la amenazan y deja que la casa se queje a su constructor. (Id. noche 895).

—¡Si te asalta el fastidio, mécele para que se adormezca! (Id. noche 896).

—Quien posea el mundo no se enorgullezca porque día llegará en que se vea arruinado y permanezca solo en el polvo con su amargo destino. (Id. noche 902).

—El intermediario de una buena acción vale tanto como el que hace la buena acción. (Id. noche 902).

—La diferencia que hay entre unos y otros sólo estriba en la mayor o menor bondad de los corazones. (Id. noche 902).

—La mañana jamás debe estar oculta, ni el agua cesar de cantar. (Historia de Obra Maestra de los Corazones, noche 929).

—Intercede mejor la que intercede completamente desnuda. (Id. noche 929.)

—Maleables como la cera serán las cosas difíciles si tu alma conoce la paciencia. (Id noche 931.)

—Cuanto está lejos se acercará a ti si te resignas. (Id. noche 931.)

—La desesperación es un error. (Id. noche 932.)

—¡Ay! ¿Quién conoce la sabiduría? (Id. noche 934.)

—La sabiduría, la paz y la dicha no se encuentran más que en el aislamiento. En él, al menos, hay probabilidades de encontrarlas. (Id. noche 934.)

—Una sola gota de agua da origen a un torrente. (Id. noche 934.)

—La sociedad da origen a calamidades. (Id. noche 934.)

—El indiferente que vive en la arena no recoge nunca las perlas marinas y no puede aspirar más que a la espuma amarga. (Id. noche 934.)

—Sólo después de hacer sentir la amargura de su aguijón, concede la abeja las gracias de su miel a quienes las desean. (Id. 934.)

—Sólo sufriendo con paciencia la amargura de los desdenes pueden gozarse los favores de la abeja. (Id. noche 934.)

—Tu vanidad te retiene alejado de los senderos de la sabiduría. (Id. noche 935.)

—Quien te amoneste, despierta en ti la virtud cuando duerme y te pone en guardia inspirándote temores saludables. (Id. noche 935.)

—Si el alma se abriera a las influencias místicas, recibiría luces sobrenaturales. (Id. noche 935.)

—Si nos despojáramos de la vestidura del amor propio, no existirían ya en la vida obstáculos y el espíritu no segregaría ya pensamientos helados. (Id. noche 935).

—Quien no sabe extraer un sentido alegórico del chirrido agrio de la puerta, del ronroneo de la mosca y del movimiento de los insectos que se deslizan por el polvo, quien no sabe comprender lo que indican la marcha de la nube, el resplandor del espejismo y el color de la niebla, no se cuente en el número de las personas inteligentes. (Id. noche 935),

—Los hijos de la tierra no pueden disfrutar la verdadera dicha más que en la tierra. (Id. noche 935).

—El botón de rosa se inclina hacia el botón de rosa y el narciso hacia el narciso. (Historia de Baibars, noche 939).

—Hay que amasar el barro cuando está blando. (Id. noche 950).

—Desgraciado el que sale del jardín del mundo sin llevarse ninguna flor en la orla del traje. (Historia de la Rosa Marina y de la Joven de China, noche 956).

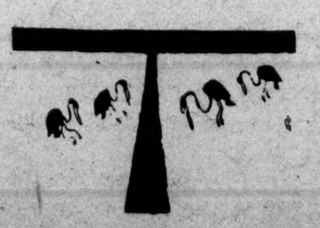
—Quienquiera que obtenga ciencia obtiene un bien inmenso. (Los tragaluces del Saber y de la Historia, noche 972).

—Entre los hijos de los hombres, sólo un pequeño número está en posesión de los dones espirituales. (Id. noche 972).

—Un hombre que no conoce la delicadeza no es digno de las princesas. (Id. noche 975).

—La vida del hombre tiene dos vidas: una límpida y otra turbia. El tiempo tiene dos clases de días: días de seguridad y días de peligro. No te fíes ni del tiempo ni de la vida, porque a los días más límpidos suceden días turbios y sombríos. (Id, noche 984).

(Selección de José Fabio Garnier *para* Repertorio Americano).



Tablero

1925

Tarjeta postal

Primer correo aéreo Colombia-América Central

Barranquilla, agosto 7 de 1925.

Señor D. J. García Monge,
Repertorio Americano.
San José de Costa Rica. C. A.
Apartado 533.

Con ocasión del primer viaje aéreo de Colombia a Costa Rica, tierra encantada, que recuerdo con cariño, me es grato enviar mi saludo cordial a Repertorio Americano, gran portavoz de la cultura de América.

G. Castañeda Aragón

A un paso ya del nuevo tomo, el XI, tenemos la pena de advertir: que del próximo setiembre en adelante, suspenderemos el envío del semanario a los suscritores que han desoído nuestros llamados mensuales para que nos cancelen los créditos pendientes, o que al menos, nos hagan abonos con cierta regularidad. Es muy penoso cobrar por lo que se ama (algo así dijo Martí en caso análogo), pero es verdad que si todos **los suscritores al** Repertorio Americano **no se proponen** *ayudar con cierta periodicidad,* **se hace difícil y pesado sacarlo con la frecuencia con que lo hacemos.**

Nos llegan

De los Autores:

Jorge Mañach: *La crisis de la alta cultura en Cuba.* Habana. 1925.

Reproduciremos esta interesante conferencia.

—

Ventura García Calderón: *La Vengeance du Cóndor.* París. Editions Excelsior. 1925.

La traducción francesa de estos preciosos cuentos peruanos la han hecho Max Daireaux y Francis de Miomandre. El Prefacio es de Gerard D'Houville, y gusta por la sobriedad y la perspicacia con que juzga al ilustre americano, nuestro amigo y colaborador.

—

Del Director del Archivo y Museo Histórico Nacional, Montevideo, hemos recibido esta obra, que estimamos en lo mucho que vale:

Juan Carlos Gómez: *Su actuación en la prensa de Montevideo.* 2 tomos. Montevideo, 1921.

Rodó ha enfocado la atención de muchos curiosos, hacia los escritos de este notable uruguayo: Juan Carlos Gómez.

Las obras que nos ocupan se han publicado por cuenta del Estado y a propósito del centenario del nacimiento del buen escritor y gran americano.

— —

He aquí tres libros con que se ha enriquecido el acervo literario centroamericano:

Los poetas novios de Cuscatlán, por Juan Ramón Uriarte. San Salvador. 1925.

Don Florencio del Castillo en las Cortes de Cádiz. Extractos del Diario de Sesiones de 1810 a 1813. Presenta esta obra don Ricardo Fernández Guardia. San José, Costa Rica. 1925,

Alberto Masferrer: *Ensayo sobre el Destino.* San Salvador, 1925.

DEL PANORAMA EUROPEO

Poderes morales

Por E. Gómez de Baquero

El incidente del delegado fascista rechazado por las representaciones obreras en la Conferencia del Trabajo de Ginebra merece ser señalado en la crónica de la Sociedad de las Naciones. Muchos se preguntan si la Sociedad de las Naciones sirve para algo o será solamente una especie de Academia internacional dedicada a discurrir platónicamente sobre la paz y la justicia. Aun en esta hipótesis no sería del todo inútil, pues la reforma de la conducta, trátese de individuos o de pueblos, aparece en el pensamiento y en la palabra antes de pasar a la acción. Mas aunque la Sociedad de las Naciones no haya podido realizar el ensueño kantiano de Wilson, desarmando a Europa y sentando las bases de la paz perpetua, es un organismo internacional permanente que va mostrando su eficacia en diversas cuestiones particulares, y que dentro de la relatividad de estas influencias, ha erigido entre los pueblos un poder moral.

La Sociedad de las Naciones es mucho menos que un poder federal que pueda intervenir en las cuestiones interiores de los pueblos asociados. Mas, como toda Sociedad, obliga a sus miembros a adoptar al menos apariencias de civilidad y trato de gentes. Establece como un cierto pudor internacional. La acción de las maneras y de las apariencias, aunque puedan ser hipócritas, no es indiferente sobre la conducta. La ficción de una virtud o de un proceder correcto es una forma de educación: obliga a considerar ciertos valores morales, aunque no se les ame. En esto consiste el efecto moralizador de las costumbres, aunque no vayan acompañadas de sanciones positivas y sólo les asista la sanción moral de la aprobación o la desaprobación pública.

* * *

Es posible que en el caso del delegado fascista, el derecho estricto, literal y aparente estuviera de su parte. A pesar de haber sido recusado por las representaciones obreras, el pleno de la Conferencia le ha admitido, mas la oposición obrera ha tenido mayor efecto que el de una protesta, puesto que a consecuencia de ella aquel representante ha quedado excluído de las Comisiones. La iniciativa en este asunto ha sido de un delegado español, Largo Caballero, que viene revelándose como una de las primeras capacidades de nuestro socialismo. Largo Caballero y los representantes de los trabajadores que le han acompañado en su actitud, han procedido en esta ocasión, a mi parecer, «pro jure contra lege», defendiendo el espíritu del derecho contra las apariencias no de otro modo que las organizaciones obreras vienen rechazando en las cuestiones sociales la colaboración con los amarillos, por entender que en ellos está falseado el carácter obrero y puesto al servicio de otras clases e intereses.

En las noticias trasmitidas por Fabra Ribas hay un pormenor que no debe pasar inadvertido, y que es una señal de tiempos nuevos. Con los delegados obreros votaron por la exclusión del fascista dos delegados ofiales: el de la Argentina y el de la Confederación del Africa del Sur. El Africa del Sur es una de las colonias británicas, que han dejado de ser colonias para convertirse en miembros del Imperio, y que Inglaterra introdujo en la Sociedad de las Naciones, para tener allí una numerosa clientela; pero que van desenvolviendo una política propia y cuyo vínculo con la metrópoli va siendo tan sutil como el mediador plástico inventado por los filósofos a modo de soldadura entre el alma y el cuerpo. La Confederación africana es hija de dos pueblos que tienen una tradición de libertad: Holanda e Inglaterra.

La Argentina, que tan de cerca nos toca, está avanzando en su evolución política. Los periódicos de Buenos Aires, llegados en estos días, nos enteran de que el Poder ejecutivo ha presentado al Parlamento un proyecto de ley declarando fiesta nacional el Primero de Mayo, proyecto en cuyo preámbulo se asocia explícitamente la fiesta universal del trabajo con el aniversario del juramento de la Constitución argentina. En ese mismo día se inauguraba solemnemente en Buenos Aires la nueva plaza del Primero de Mayo. Si se recuerda cuál era hace años la opinión argentina frente al socialismo, se advertirá que las ideas caminan de prisa en América y que aquellos pueblos van dejando de ser discípulos atrasados de Europa.

Influirá poco, probablemente, en los resultados de la Conferencia del Trabajo, el que el delegado fascista, excluído de las Comisiones, carezca de intervención práctica, mas este episodio no debe pasar inadvertido por el teatro de la actualidad, pues señala un principio de intervención moral por parte de uno de los órganos de la Sociedad de las Naciones. No es indiferente la existencia de poderes morales que puedan poner algún freno a los excesos del estatismo y el nacionalismo.

En la vasta concepción medieval del Pontificado, como cabeza de la Cristiandad, mirada, no sólo como comunidad ideal de creyentes, sino como cuerpo político, como Sociedad de pueblos cristianos, entraba ese poder espiritual. Mas la Iglesia se ha ido haciendo incapaz de ejercerle a medida que se romanizaba y se cesarizba más, otorgando a los Césares más de lo que enseñó Cristo.

(*El Sol*. Madrid).

DESDE GINEBRA

El acta del delegado fascista, aprobada

Ginebra 26 (6,55 t.)—En la sesión plenaria de esta mañana se discutió el acta del delegado fascista Sr. Rossoni. Según el reglamento de la Conferencia, los delegados cuyo nombramiento haya sido sancionado por el Gobierno respectivo deben ser admitidos. Consecuéntemente, los representantes gubernamentales y patronales, fundándose en los preceptos reglamentarios, se inclinaron en favor de la validez del acta. Pero los obreros, alegando que el delegado fascista pretende representar al movimiento sindical italiano, acordaron en una reunión del grupo obrero, a propuesta del Sr. Largo Caballero, no reconocer el nombramiento de Rossoni y no permitir a éste que figurase en Comisión alguna. Tal acuerdo se ha mantenido con todo rigor, por lo cual Rossoni y sus consejeros técnicos no han tomado parte en la labor de las Comisiones ni han asistido a las subsiguientes sesiones del grupo obrero.

En el debate de esta mañana los oradores obreros impugnaron el acta, que sólo fué defendida por Rossoni y el ponente de la Comisión. En votación nominal se aprobó el acta de Rossoni. De 132 delegados presentes, votaron en pro 66 gubernamentales y patronales, y en contra 28 obreros, dos gubernamentales y un patronal, habiéndose abstenido 31 gubernamentales, tres patronales y un obrero.

Los delegados gubernamentales que votaron en contra son los de la Argentina y Africa del Sur. El delegado patronal del Canadá votó también la proposición presentada; pero el delegado fascista no podrá figurar en Comisión alguna, por persistir en su actitud de resistencia el grupo obrero.—Fabra Ribas.

Congreso Libre Iberoamericano de Intelectuales

Cartas a Emilio Roig de Leuchsenring,
en La Habana.

(Véanse las anteriores en las entregas 6 y 11 del tomo en curso).

Buenos Aires, 7 de Marzo de 1925.

No fué posible continuar. Aquel escándalo de la Avenida, que pretendí vencer en la meditación de mis notas, se impuso victorioso. Y a tal punto aniquiló mi pensamiento que sólo ahora, quince días después, intento reasumirlo.

Ahora contribuyen a excitarlo la fiesta que celebramos ayer en honor de Sánchez Viamonte y la lectura de un artículo de Francisco García Calderón. Comentando ambos trataré de exponerle a Ud. los pensamientos y observaciones que dejé en suspenso al iniciar mi viaje a Córdoba, motivo principal de esta interrupción.

La fiesta de ayer fué un banquete verdaderamente augural, y el augur mayor, Pedro Henríquez Ureña; el artículo de hoy, tal vez uno de los más interesantes que ha escrito García Calderón desde nuestro punto de vista actual. Ayer no más conversando con Henríquez Ureña me quejaba del apartamiento de Francisco y ambos conveníamos en que se alejaba de nosotros en esta hora en que nos es tan necesaria la asociación de nuestros esfuerzos. Esta bien, pues, que, aunque tal vez sin proponérselo de un modo muy especial, vuelva «nuestro pensador» por sus laureles que si no ha perdido ya del todo, ha estado a punto de perder. El discurso de Henríquez, como síntesis de nuestras aspiraciones y expresión de nuestros ideales no dejó nada que desear (1), y el revuelo de pensamientos que suscitó en mi mente se ha agitado ahora más con el comentario de Francisco a las críticas del conde Keyserling a la civilización occidental y su mayor exponente, los Estados Unidos de Norte América. Discurso y artículo tratan en el fondo de la misma cuestión: la decadencia de Occidente y la posibilidad de crear una nueva cultura y fundar una civilización distinta. Cuando Ud. lea el discurso, que trataré de enviarle, podrá comprobar cuan inteligentemente ha definido Henríquez Ureña la situación de la intelectualidad de nuestros pueblos frente a los problemas de todo orden que nos urge resolver. En ese discurso se evidencia la necesidad en que nos hallamos los hispanoamericanos de asumir la responsabilidad de las nuevas orientaciones, ya bastante precisadas pero que aún no nos atrevemos a seguir. El comentario de García Calderón a las ideas de Keyserling confirma esa evidencia, que, como Ud. sabe, en mí es antigua como para todos los que supieron interpretar el mensaje de Rodó y no le dejaron convertido en una pieza de literatura muerta sino que han hecho de él un órgano vivo del espíritu que nos anima. La ideas de Keyserling no son, en realidad, sino una repetición modernizada de las de Rodó quien a su vez reflejaba la ideología de los grandes pensadores liberales de Europa. Esa ideología, que ha sufrido un largo eclipse, está empezando a renacer y día a día se robustece a pesar de todos los síntomas de ofuscamiento y desconcierto hoy predominantes. Pero si antes tenía sus núcleos más eficientes en Europa, es necesario que nos convenzamos de que ahora tiene su único refugio en América. En diversas ocasiones he insistido sobre el hecho del desplazamiento de la fuerza de gravitación de la cultura, al menos en sus formas prácticas, de Europa a Norte América (vea mi artículo titulado *El fenómeno del Norte* (1)) y no me cansaré nunca de repetir ahora la convicción que tengo de ser nosotros los llamados a rectificar las desviaciones que, antes que Keyserling, habían observado en la civilicación del Norte, Arnold, Spencer y James, para no citar sino los críticos de habla inglesa. Es sobre esa crítica que nosotros tenemos que basar el derecho que nos asiste para crear algo nuevo. Por eso están tan cerca de nosotros los que piensan en los Estados Unidos como el mismo Keyserling: Upton Sinclair, H. L. Mencken, Lewis Munford, Herbert Croly, James Harvey Robinson y tantos otros. Merece especial mención el caso de John Dewey, interesantísimo por sus semejanzas con Ortega y Gasset, al menos en cuanto se refiere a la valorización de los hechos y el significado de los esfuerzos humanos. Dewey sigue en esto la tradición de Arnold, Spencer y James, como los otros a quienes he mencionado, pero tiene puntos de vista en extremo interesantes. Yo espero grandes frutos del estudio que hagamos los hispanoamericanos del pensamiento de los grandes críticos de la civilización europea y norteamericana, que aún algunos insisten en creer insuperable en nuestra época. Tanto en Europa como en los Estados Unidos es notorio el movimiento de reacción contra las iniquidades y aberraciones en que ha venido a caer esa fastuosa civilización positivista que yo he llamado bélico-industrial. Observando esto, Stoddard ha escrito un libro *The revolt against civilisation,* y por ese estilo hay varios. Pues bien, nosotros los hispanoamericanos somos quienes estaremos en mejores condiciones para rebelarnos contra esa intangible y soberbia Civilización, ya sometida a juicio por las más preclaras mentalidades de Occidente: Chesterton, Bernard Shaw, Wells y Bertrand Russell en la Gran Bretaña; Anatole France, Romain Rolland, Barbusse y Benda, en Francia. Hombres como estos forman una heterodoxia universal, si bien un tanto anárquica, y han empezado a mirar a nuestra América como posible refugio de las utopías nuevas. Sin caer en los extremos de la rebelión bolchevique contra la férula imperialista de las oligarquías plutocráticas ¿por qué no hemos nosotros de preparar en nuestro suelo el advenimiento de un régimen distinto? ¿Toleraremos que se inocule en nuestros nacientes organismos el virus del capitalismo? ¿Seremos incapaces de concebir algo mejor que esa civilización pingüina de que se burlaba France o ese culto de Belfegor de que habla Julien Benda?

Ayer he tenido la evidencia de que a estas interrogaciones se puede contestar con optimismo. No eran meras palabras las del discurso de Henríquez Ureña al saludar en Sánchez Viamonte a uno de los nuevos hombres de la América nuestra. Vibraba en ellas un sentimiento claro y profundo de nuestros nuevos deberes y nuestros inalienables derechos. Se desprendía de ellas algo como una elocuencia que estaba por encima de toda retórica verbal, una palpitación íntima que, cual más cual menos, sentía en el fondo de su corazón como hombre de una generación que ha comprendido al fin la misión que le corresponde desempeñar en el mundo. Nada importa que, imitando a los energúmenos de yanquilandia, los chinos digan hoy «China para los chinos» y los indios «La India para los indios». Ayer se sentía repercutir en las conciencias, como un eco de las hermosas frases del perspicaz y generoso dominicano que nos hablaba, las palabras de aquel argentino que una vez adivinando o presintiendo, como tantos de los nuestros, el porvenir que se nos reserva, supo oponer al egoísta utilitarismo de los tardíos organizadores de una América para la industria y el comercio yanquis el concepto de

(1) Véase en la entrega anterior: *Patria de la Justicia.*

(1) Próximamente se editará este artículo en el Repertorio; así como el artículo de García Calderón sobre el conde Keyserling.

una América llamada a amparar las difíciles esperanzas de nuestro tiempo.

Yo no le daría tanta importancia a la fiesta de ayer si sólo fuese testigo del entusiasmo renovador que todos elogiamos en Sánchez Viamonte y de la clara visión de Henríquez Ureña. Prescindiendo de lo que yo ya tengo vivido de este anhelo, en realidad tanto Sánchez Viamonte como Henríquez Ureña no eran ayer—y esto lo observó el juvenil viejo Korn —sino símbolo de un nuevo estado de la conciencia americana que aspira a traducirse en una acción enérgica para imponer, en medio del caos contemporáneo, lo que Ortega llama las «nuevas valoraciones». Los críticos españoles de las sociedades de Occidente han ejercido, como en carta anterior se lo decía sobre las nuevas generaciones argentinas, una influencia decisiva. Si bien ha habido cierta tendencia a poner en tela de juicio el valor cultural y científico de la obra de hombres como Eugenio D'Ors, por ejemplo, es incuestionable que las semillas echadas por los hombres de pensamiento que han venido de España al Plata en los últimos años han caído en tierra fecunda. Lo que hay de más constructivo en el pensamiento de los jóvenes argentinos que hoy ya no pueden someterse a la tutela de Rojas o de Ingenieros es lo que han aprendido de los nuevos maestros españoles, quieran o no reconocerlo algunos de ellos. Ya le he dicho como Julio V. González, uno de los mozos de más talento de la nueva generación, se inspira en Ortega; *Valoraciones,* la revista de Amaya y de Sánchez Viamonte, refleja la misma influencia y otro tanto sucede con la nueva revista *Inicial* que le tenía citada. Fuera de la influencia de los modernos pensadores españoles, (entre los cuales no hay ni que mencionar a Unamuno, por supuesto, que sigue siendo maestro cuando muchos han dejado ya de serlo) apenas si he observado huellas de otras. La influencia francesa está casi reducida al campo efímero de las novelerías literarias o al Derecho; pues a pesar de todo lo que se ha dicho sobre ella, el hecho es que existe yo no sé que impermeabilidad de parte de los nuestros para con la cultura francesa o no sé que falta de afinidad entre las ideas de unos y otros que hace difícil el maridaje. Los franceses más celebrados y seguidos son los que más se han universalizado, es decir, desafrancesado: Romain Rolland, Anatole France, Barbusse, ya se sabe lo que estos nombres significan en Francia; las críticas de que han sido objeto estos predilectos son muy significativas, sobre todo la reacción contra France. En cuanto a la cultura inglesa es apenas conocida por las traducciones españolas, salvo una que otra excepción; la americana, casi podría afirmar que se ignora, de modo que no se conoce más pensamiento norteamericano aquí que el que trasmite el cable, es decir la lluvia cotidiana de embustes y pergenios intencionados del oficialismo, cuando no las inepcias y bellaquerías de los corresponsales.

Esto de las influencias tiene una gran importancia porque del predominio de una u otra tendencia depende la orientación que tome nuestro movimiento ideológico. Yo soy de los que tienen la firme convicción de que actualmente es saludable la influencia de los pensadores españoles no malogrados por la deletérea acción del Directorio. Más tarde, cuando hayamos adquirido sobre la base hispánica una mayor homogeneidad y cohesión mental, estaremos en condiciones de recibir sin peligro otras influencias; por ahora me parece beneficiosa la barrera del lenguaje. Por supuesto, me refiero a la generalidad de las gentes y no a los estudiosos y verdaderos líderes de nuestra cultura en formación, pues éstos deben, por el contrario, estar atentos a todas las manifestaciones de la inteligencia en el mundo; otear, por decirlo así, todos los vientos y distinguir los perfumes que no introduzcan en nuestra flora, en nuestro ambiente cultural, dañinas esencias. La selección natural y forzosa que establece el idioma está dando por resultado la formación de una mentalidad que se libra, en lo fundamental y trascendente, de las influencias exóticas. Si añadimos a esto el deliberado propósito de los hombres nuevos de mantenerse fieles a ciertas normas que conducen a la homogeneidad, es fácil comprender cómo, si bien aún prodomina en nuestra producción intelectual cierta abigarrada profusión, estamos en vías de adquirir una familiaridad especial para ciertos tópicos susceptibles de ser reducidos a un común denominador.

Para referirme, al fin, a lo que le tengo prometido desde mi anterior fárrago (insisto en llamar así estas notas), le diré que, además de *Nosotros* y *Renovación*, revistas de formación anterior al período de que me ocupo, son buena muestra de la convergencia actual de las orientaciones, las tres revistas que ya le tengo mencionadas: *Inicial*, *Valoraciones* y *Revista de América*. Examinándolas puede hallarse una fundamental concordancia de inspiraciones y motivos que apenas si vela leve tejido superficial de discordancias atribuibles a inevitables imperfecciones o defectos de información en el estudio de los problemas que nos interesan. Lo que no cabe dudar es que existe un gran número de preocupaciones y puntos de vista comunes y que sólo falta descubrir el modo de asociar los esfuerzos que dispersamente se hacen para atender a unas y coordinar los otros.

A base de las predominantes influencias españolas tenemos hoy los hispanoamericanos una orientación cultural bien definida. Los grupos de espíritus avanzados que hoy existen en muchas de nuestras ciudades en abierta pugna con el oficialismo, empeñados en introducir reformas fundamentales en las costumbres, las instituciones, la educación y las leyes, son fruto de la labor ingente realizada por los hombres precedentes. No sería difícil establecer una filiación o genealogía de los espíritus nuevos. Si bien es cierto que los últimos acontecimientos históricos con su cortejo de fenómenos sociales han influido grandemente en la formación de nuestra mentalidad, también es verdad fácil de demostrar que existía una base sobre la cual ha venido a ejercer su acción ese insospechado reactivo que fué la última guerra. Esa base era la cultura hispánica, era ese conjunto de valores españoles que todos comprendimos, que se hacía necesario mantener contra las corrientes deshispanizantes que nos envolvían. Nuestro humanitarismo y nuestro democratismo actuales (no menos evidentes por no estar aún bien definidos ni plasmados en creaciones de carácter social e institucional originales) son de pura cepa española. Después de Larra, tan español como únánimemente venerado, y paralelamente a la influencia tan beneficiosa de Clarín y los ovetenses cuyo representante en la Argentina fué Posada, la pareja Ganivet-Unamuno contribuyó enérgicamente, con una penetración extraordinaria y con un sentido histórico genial, a definir el carácter español y la índole de la cultura y la civilización hispánicas. Sin rechazar, antes bien realizando una gran labor de asimilación de los más valiosos elementos de las otras culturas, los españoles y los hispanoamericanos, reconociendo la gran importancia de esas enseñanzas, hemos ido realizando una severa labor de selección y de crítica que nos ha conducido al actual estado de conciencia colectiva que aún requiere concretarse y definirse orientándose hacia finalidades prácticas. Muerto Ganivet, tan triste y prematuramente, Unamuno cogió el cetro de la soberanía espiritual de la raza, y no habrá quien se atreva a negarle el «quilate rey» de que hablaba Gracián. Padre espiritual a lo menos de un ochenta por ciento de los hombres nuevos de América y de España, Unamuno es tal vez el único pensador europeo que ha intentado formular un credo humano con po-

sibilidades más o menos remotas de renovar o galvanizar el claudicante cristianismo de las naciones de Occidente. Su concepción del quijotismo cristiano, que se entronca con la de Ganivet sobre el senequismo ibérico, está muy lejos de perder la eficacia moral y la gran significación espiritual que tiene en nuestra cultura. Ha sido una gran lástima que el fiero individualismo de los españoles y la característica incapacidad de organización y asociación de la raza haya privado al gran maestro de buena parte del proselitismo de que era merecedor. Sin acción directa en la política de su país; sin medios para ejercer una influencia más inmediata y rápida que la de sus propias ideas, don Miguel ha gozado, en cambio, de la adhesión fervorosa de los hispanoamericanos que adivinamos en él al profeta máximo de la estirpe ibérica. No importa, pues, que la inteligencia y la pasión creadoras de ese hombre extraordinario se hayan estrellado en España contra uno de los baluartes más sombríos del conservadorismo escéptico que tan diversos disfraces adopta; no importa que los pensadores más jóvenes de España aún no hayan acertado a interpretar y valorizar en todas sus proyecciones y trascendencias la obra creadora de Unamuno: las nuevas generaciones de América llevan íntegramente vivo en el corazón y en la mente al insigne autor de *El sentimiento trágico*.

Si, dando forma práctica al anhelo que muchos de nosotros abrigamos, se lograse crear un órgano centralizador de los esfuerzos culturales de la raza; si, trasladando a América por razones políticas el centro de irradiación del pensamiento hispánico contemporáneo, se lograse reunir en un concilio supremo a las grandes mentalidades dirigentes del grupo humano perfectamente caracterizado a que pertenecemos, no tardaría en evidenciarse la vitalidad de las ideas de Unamuno y el profundo arraigo que han adquirido en estas tierras. Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors, que son tal vez los hombres de pensamiento que más se acercan al valor de Unamuno por la universalidad y la penetración de sus juicios y concepciones, comprenderían que es casi imposible en América intentar ninguna edificación espiritual sin tener en cuenta las sólidas bases implantadas por Unamuno. Por si algo faltara para conferir al viejo profesor de Salamanca la preeminencia de que hoy se haya investido, surgió el incidente del destierro. En esta época que será caracterizada como la verdadera guerra civil de la humanidad, Unamuno—ya considerado por autorizados críticos de habla inglesa como el más vigoroso y original de los pensadores contemporáneos—ha sido el único hombre de esa talla que ha tenido el coraje, o mejor dicho, la abnegación de tomar bandera. Este hecho ha agigantado su figura, ofreciéndola a la consideración de quienes están en condiciones de apreciarla, con relieves de inconfundible heroicidad. Ningún rey, ni ningún político, ni ningún tirano o dictador de los que ahora se reparten el poder en la tierra, puede vanagloriarse de cosa semejante. Es, pues, la cultura hispánica la que ha producido el tipo más excelso de dignidad espiritual.

«España—ha dicho Sanin Cano, profundo conocedor de estos problemas—es un país hispanoamericano». La honda crisis que atraviesa la política española hace concebir a algunos la idea de que la decantada decadencia española, contra lo que hacía preveer el florecimiento de las artes, las industrias y las letras en los últimos años, es irremediable y por ende inconveniente solidarizarse a ella. Este es un error que conviene corregir pronto y la afirmación de Sanín Cano implica una promesa...

(Como Ud. comprenderá, voy escribiendo estas notas en medio de mis trajines entre aduanas, estaciones y puertos; y hasta he pensado darles la forma de diario para excusar sus repeticiones y su confusión. Hoy con mis maletas listas para salir de Buenos Aires hacia Santiago, después de un día atareado en los consulados y esos templos modernos que llaman bancos, continúo en el fárrago.)

Implica—decía—una promesa de la amplia refutación de ese error que pronto hemos de ver desprenderse de los hechos mismos en nuestra historia civil y cultural. Todo conspiró durante el siglo XIX, bajo apariencias de lo contrario, a determinar la formación de la solidaridad hispanoamericana. Mal comprendido y mal definido este fenómeno por muchos de los mismos que dicen profesarle su entusiasmo coadyuvante, es más significativo y trascendente de lo que vulgarmente se cree. A pesar de algunas desviaciones debidas a la superficialidad del criterio histórico predominante, las ideas madres del hispanoamericanismo han seguido en su desarrollo normal y hoy se hallan convertidas en ideas fuerzas de cuya eficacia no puede dudarse. Afirmo esto después de haber observado la ciudad más peligrosa de América, en cuanto a nuestras orientaciones, por su cosmopolitismo invasor e indiferente. Prescindiendo de algunas tesis más o menos cuestionables de argentinidad, habría que atender aquí a lo que podría llamarse «corriente de latinismo». Italia y Francia entran aquí en juego. La primera, con sus fuertes e influyentes avenidas inmigratorias; la segunda con su persistente, aunque ya en vías de desvanecerse, influencia intelectual. Este latinismo, que eclipsó algo al concepto de españolidad, tan combatido como deficientemente estudiado, se inspira por un lado en razones puras, es decir, desinteresadas; pero en vano se quiere ocultar los motivos de interés que lo abonan, dándole ciertas orientaciones que es preciso rectificar. Tarde abrieron los ojos las potencias latinas de Europa para mirar las amplias perspectivas abiertas a nuestro porvenir. Mientras Inglaterra y los Estados Udidos, con ese espíritu previsor de la raza sajona, enderazaban todos sus esfuerzos para convertirnos en meros mercados suyos; mientras Italia y Francia mostraban hacia estas tierras una indiferencia que harto ha de pesarles hoy, España, contra todos los obstáculos (aun el de la imponderable ineptitud de sus clases oficiales), por la sola virtud del idioma, por las afinidades raciales abonadas por la creciente corriente inmigratoria, siguió conquistándonos espiritualmente. Así se explica el paralelismo de nuestro desarrollo social, político, ideológico, industrial y económico.

Marzo, 14 de 1925.

(Continúo escribiendo ahora en Santiago, donde me encuentro desde ayer. Ya ve Ud. que llego a Chile en oportunidad excelente para observar el interesante movimiento político que hace, tal vez, de este país el sitio donde mejor pueden estudiarse las acciones y reacciones de las fuerzas y elementos sociales que hoy se hayan en lucha en el mundo entero. Ofrece, además, este escenario otra causa de complejidad: el problema internacional con el Perú, ahora en uno de sus períodos más críticos, pues como Ud. sabe el Papá del Norte acaba de dar su fallo. Pero, en fin, aquí solo me refiero a esto para llamarle la atención sobre el ambiente en que se desarrollan los pensamientos que malamente voy hilvanando acerca de problemas de mayor trascendencia con los cuales éstos tienen relaciones que Ud. percibirá bien).

El paralelismo notado entre la evolución de los pueblos hispanoamericanos y el proceso civil español, de que le hablaba, se hace evidente aquí. No necesitaré puntualizarle las semejanzas entre la acción del militarismo español y el chileno en la politica. El hecho es el mismo, aunque aquí, al menos en su actual veleidad, los militares propician orientaciones avanzadas, mientras en España se han convertido en el amparo de las derechas ineptas e impotentes. Pero la semejanza es más amplia y general y envuelve a todo el Conti-

nente, si bien aquí es más palmaria. En la Argentina hay indicios claros de una tendencia conservadora bélico-industrial-capitalista que ha mirado con simpatía la reacción española. Pero, aparte de todo esto, que son observaciones de detalle, hoy, como en 1812, los problemas de España, con ligeras variantes, son los nuestros. La lucha civil tiene los mismos caracteres en la península y en nuestro Continente, y las influencias exóticas que contribuyen a complicarla son idénticas. Los problemas sociales, los económicos y los internacionales surgen simultáneamente con igual intensidad y con los mismos factores en las diversas zonas que abarca el mundo hispano parlante. Después de la independencia de Cuba se ha venido pronunciando este paralelismo que la guerra última hizo evidente aún a las gentes de criterio menos penetrante, marcando más (a pesar de los esfuerzos de la política norteamericana de distanciamiento de Europa y de acercamiento hacia nosotros) las diferencias existentes entre las dos Américas. La unidad de destinos que, apesar de su negligencia para cultivar las afinidades que les unían, ha impuesto a nuestros pueblos el libre juego de los factores históricos y los más inmediatos como son la sicología racial, el lenguaje, el grado de desarrollo económico de nuestros países frente a las potencias y otra serie de circunstancias que determinó primero su actitud durante la guerra (desvirtuada sólo por la influencia norteamericana y por un ilusorio latinismo favorable a Francia) y después su actitud en la Liga de las Naciones, es hoy incuestionable y más significativa que nunca. Después de este viaje de estudio a la Argentina puedo confirmar mi opinión según la cual el mundo puede dividirse en nuestros días en cinco grupos de pueblos, desde nuestro punto de vista: 1: el grupo hispánico, que es el que nos interesa íntima y directamente; 2: el grupo de las potencias, al cual ha quedado definitivamente incorporado Estados Unidos debido a su política bélico-financiera, que como Ud. sabe, despierta seria oposición en los sectores más sanos de la opinión en el Norte; 3: Rusia, a la que se debe el despertar del sentido democrático moderno, no obstante todas las desviaciones; 4: el pan-islamismo; y 5: esos fantasmas del Pacífico que son el Japón y la China. A nosotros nos corresponde hacer cada vez más viva la conciencia del grupo hispánico. Ya Rodó presentía esta necesidad, y yo dediqué un folleto a remarcar su españolismo. Oliveira Lima, en un reciente artículo que titula *Nuevo iberismo*, dedicado a comentar un movimiento encabezado por el portugués Antonio Sardinha, afirma que el desenvolvimiento de lo que llama «simpatía hispánica» será uno de los rasgos capitales de este siglo.

El mundo de las potencias capitalistas, cuyo vértice candente son los Estados Unidos con sus tenazas panamericanas y otros instrumentos que Ud. conoce, es el mayor enemigo del desarrollo creador de la «simpatía hispánica», esa fuerza histórica cuyo valor se ha conocido y estimado poco hasta ahora y de la cual nosotros tenemos que extraer nuestras mejores energías. Oliveira Lima escribe con razón que el hispanismo tomando el lugar del latinismo, vacío de realidad, constituía lo que Moniz Barreto definía como un programa de conservación. En tanto que las naciones latinas de Europa sigan la política internacional de las potencias, se distanciarán de nosotros. Italia apoyando, por una u otra razón el juego del imperialismo británico en la Liga de las Naciones con motivo del Protocolo, es el último ejemplo de distanciamiento que puedo ofrecer. Por otro lado, México, iniciando orientaciones independientes y afrontando el imperialismo económico de los Estados Unidos, interpreta elocuentemente nuestro espíritu; mientras en el extremo sur del Continente, Chile se prepara a seguir sus rumbos, es decir los de México, no obstante la acción pertinaz de sus elemeutos conservadores: la Argentina permanece social y políticamente estacionaria; sin decidirse, o tal vez sin poder, asume orientaciones propias debido a la innegable preponderancia que ya han adquirido ahí las fuerzas del capitalismo organizado. A pesar de esto, los argentinos avanzados reclaman la primacía en las orientaciones independientes y renovadoras, y para que usted se dé cuenta del celo con que miran estas cuestiones, aunque no aciertan a organizar sus fuerzas para una acción vigorosa, le trascribo un párrafo de la nota editorial que con motivo de mi viaje publica *Nosotros:* «Numerosos fueron los esfuerzos, oficiales y privados, que en el pasado se hicieron para fomentar la unión latino-americana. Pero el movimiento contemporáneo data solamente del 11 de octubre de 1922, fecha en que José Ingenieros pronunció su memorable discurso a Vasconcelos, en el banquete que *Nosotros* le ofreció. Aquella pieza oratoria marca una época en la evolución del pensamiento latinoamericano. Fué la primera vez, en efecto, que un gran pensador relacionó el problema de nuestro futuro con el vasto movimiento de emancipación mundial que, en todas partes, opone el derecho de los pueblos productores al privilegio de las clases parasitarias, servidas por gobiernos de presa. Pueblos y gobiernos toman su lugar en uno u otro bando. Nuestros pueblos deben tomar el suyo del lado de la justicia, social e internacional, uniéndose en torno de los nuevos ideales renovadores. Para sustentar esta prédica de elevado nacionalismo continental fué fundado, en Buenos Aires, el periódico *Renovación,* y no sabemos que en parte alguna hayan sido expuestas, en forma más amplia y enérgica, las ideas del neo latino-americanismo. Aplaudimos, pues, de corazón toda iniciativa como la de nuestro amigo Elmore, pero no olvidamos que aquí, en la Argentina, nació y se desarrolla el más significativo de cuantos movimientos propiciaron la unión latinoamericana».

Esto merece algún comentario y alguna rectificación que haré otro día. Desde luego puedo decirle que en las otras revistas que le he mencionado, hay indicios de la formación de un espíritu más propicio que el de *Nosotros*, para la creación de la nueva mentalidad iberoamericana.

Dejo aquí estos apuntes para poder enviárselos desde Santiago.

Hoy visité a Pedro Prado quien me mostró el Repertorio Americano donde García Monge ha publicado mi carta a Varona, que también ha publicado *Nosotros*.

Sobre todos los demás puntos que aquí he tocado escribiré después algo más ordenadamente. Esto me ha salido tan enrevesado que no me atrevería a publicarlo, pero no he querido dejar de comunicarle, tal y como se me han ido presentando las observaciones.

Al llegar a Lima, espero tener noticias de Ud.

Reciba Ud. un saludo cordial de su amigo y compañero,

Edwin Elmore

Lima. Perú.

(Envio del Autor).

Lira peruana

Vanidad

1
Arcilla

Es el más vano de tus sueños,
poeta, tu afán de eternidad.
También tus formas son de arcilla,
y el polvo al polvo volverá.

Deja tu barro y habla al viento.
El eco, acaso, llevará
sobre el azul tu pensamiento,
sobre la noche tu verdad.

Tal vez, de toda tu faena,
mañana sólo ha de quedar
lo que construyas en la arena
o lo que grabes en el mar
o lo que digas a la onda
o lo que sueñes sin hablar.

2
Devastación

Devastaste mi campo,
Señor, y la simiente
no volvió a retoñar.
Apagaste mi fuego,
y nunca más el horno
ardió calor y lumbre
para mis noches.
De par en par abriste
las puertas de mis jaulas,
y enmudeció su voz
la paz sonora
de mi retiro.

Señor, está helada mi fuente
Señor, no canta el surtidor,
ni dicen ya las cosas
sus palabras humildes
y escondidas

Señor, mi pobre cuarto
no bebe ya como antes,
gota a gota,
la luz de mi ventana.

Ninguna vanidad quedó en mi casa,
ninguna vanidad quedó en mi vida,
Señor, pero estoy triste,
porque sé que es inútil
otear el campo yermo
y querer espigar
donde la espiga se heló,
y querer retoñar
lo irretoñable.

3
Eclesiastés

¿Qué Eclesiastés destilará el veneno
de su amargura en mis insomnios?

Vibra el dolor sus cuerdas
sobre el silencio
tenaz, inagotable, enorme.
Lento como la aguja inmóvil
de una espera sin fin,
y largo como el eco
que prolonga en la vida
el infinito
son de lo irreparable
y de lo eterno.

Llenaste hasta los bordes
mi copa con tu negro
brebaje, y gota a gota
lo he bebido.
¡Eclesiastés, qué has hecho?

Señor, entre las sombras
de tu noche me veo
llevar de tumbo en tumbo
sin esperanza de un abrigo cierto.

¿Adónde voy? ¿y cómo?
si no puedo
vencer la oscuridad
de tus tinieblas.

¿Adónde voy? ¿y como?
si no tengo norte
ni timón ni velas.
¿Adónde voy? ¿y cómo?
¡si estoy ciego!

Lo mejor de mí mismo
puse en tus manos, pero
me dejaste.
Lo mejor de mí mismo
puse en tus manos,
y esperé tu gracia,
Señor, y sin embargo,
me quitaste la luz
que me quedaba,
y tus olas han roto
las cuerdas de mi barca.

ALBERTO URETA

Lima, 9 de diciembre de 1924.

(El Comercio, Lima).

Hoy amaneció...

Hoy amaneció mi vida,
con nueva fuerza y nueva luz;
oigo una voz nunca sentida,
(debo seguir ya otro camino,
para olvidarme de la cruz.)

Para pasar ligeramente,
he de llevar mi tierna mente
primaveral en fervor:
quiero que el canto se haga trino,
y así dejar en el camino,
las fiestas de un divino amor.

Pongo mi grano de optimismo
en nuevos surcos de emoción:
¡Ansias azules de mí mismo!
florecerá mi idealismo,
en virgen tierra de ilusión

A. BAZÁN

(Envío de *J. C. M.,*
Lima, Perú.)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

INDICE

DEL TOMO X

AUTORES Y ASUNTOS